

Y el olvido

Por Ulises CARRIÓN

Dibujo de Juan SORIANO

Habíamos ido al parque a dar una vuelta. Irene aún llevaba puesto su uniforme, y yo no recuerdo cómo iba vestido. Nos acodamos sobre uno de los barandales para ver el paisaje: la ciudad se extendía siguiendo la superficie de las colinas suaves. Lo sabíamos aunque en ese momento, de noche, no era posible verlo. Sólo se veían puntos de luz de bordes inexactos en la oscuridad.

Una muchacha estaba de pie, abajo, en la calle, junto al poste de luz que terminaba a la altura de nuestros ojos, los de Irene y los míos. Luego dos muchachos salieron de entre las sombras. Irene y yo nos quedamos viendo las tres figuras allá abajo, presintiendo no sé qué cosas.

Ellos le hicieron gestos cuando todavía los separaba una distancia regular, pero ella no pareció notarlos. Cuando ya estaban mucho más cerca, ella salió corriendo asustada; Irene y yo no sabíamos de qué. Para entonces nosotros no veíamos ya el paisaje, ni la noche, ni los puntos de luz. Sólo apretábamos los codos sobre el cemento húmedo del barandal, y nos alzábamos sobre las puntas de los pies para ver mejor lo que sucedía allá abajo.

Los muchachos la alcanzaron en seguida y ella forcejeó todavía un poco. Se habían alejado de nosotros en la carrera, e Irene y yo no hubiéramos podido decir si en el forcejeo ella lloraba o se reía. Cada uno de ellos la tomó por un brazo y la trajeron, otra vez, abajo, precisamente abajo de nosotros.

Los muchachos discutían, gritaban enojados, parecían pedirle algo. Ella nada más contestaba moviendo la cabeza de un lado a otro. En un momento se les escapó, pero fue sólo un momento: ellos la alcanzaron y la pusieron contra el muro, en los primeros escalones de la inmensa escalinata que sube de la calle al parque.

Después fue lo peor: un sucederse de huidas y atrapadas, de sollozos y golpes en la cara. Sí, ellos le pedían algo que ella no quería darles. Lograba escapárseles y subir algunos escalones, pero ellos la recobraban en seguida y le exigían más violentamente. Irene y yo, muy juntos los dos, nos deslizábamos a lo largo del barandal para estar siempre arriba de ellos.

Finalmente, ella logró llegar a la altura del parque sosteniendo con una mano el borde del vestido, que se le había roto. Miró a todos lados y se sintió segura al ver la luz y la gente. Empezó a caminar luego hacia la calle principal. Ellos la siguieron a poca distancia. Irene y yo nos miramos sin decir palabra y luego empezamos a caminar también, tras ellos.

La muchacha entró de pronto en la Dirección de policía. Los muchachos se escondieron detrás de una columna (Irene y yo,

automáticamente, hicimos lo mismo). Pensamos sin decirlo que allí se acabaría todo porque ella se quejaría y ellos serían castigados.

Pero nos equivocamos. Lo hizo para asustarlos, y cuando creyó que se habrían ido salió de nuevo a la calle. Ellos también salieron entonces, siguiéndola apresuradamente, porque la muchacha al notarlos apuró el paso. Y tras ellos, Irene y yo, casi corriendo.

A media cuadra ella encontró dos amigas y las detuvo. Los muchachos se escondieron entonces uno detrás de cada hoja de una puerta abierta, a la entrada de un hotel, y nosotros seguimos caminando hasta detenernos ante un puesto de periódicos, simulando leerlos, junto a ella. La muchacha les pedía a sus amigas que la acompañaran, lloraba, les contaba lo sucedido. Ellas aceptaron y las vimos pasar frente al hotel donde los muchachos se ocultaban. Pero no los vieron.

Luego de un rato ellos salieron a la calle, vieron que no había nadie (¡nos vieron!) y caminaron cada uno en dirección opuesta.

Irene se puso a llorar históricamente en plena calle. Yo no sabía cómo calmarla, porque lo cierto es que también sentía ganas de llorar. Entonces nos hicimos por fin mil preguntas que habíamos estado pensando desde un principio. ¿Quién sería esa muchacha? ¿Quiénes eran ellos? ¿Y por qué no gritó pidiendo ayuda? ¿Tendría miedo? ¿Les debería algo? ¿Qué?

Preguntas que contestamos con otras mil suposiciones. Luego llevé a Irene a su casa porque nos dolía la cabeza e Irene sentía ganas de vomitar. Al despedirnos prometimos no descansar hasta saber la respuesta exacta a nuestras preguntas y, si fuera posible, ayudar de algún modo a esa muchacha.

Yo me encerré en mi cuarto y escribí en mi diario una nota emocionada llena de admiraciones. Jamás olvidaría aquello. El rumbo de mi vida había cambiado. Era algo imperdonable, algo imposible de olvidar. La vida era tan dura. No había otro remedio que luchar para imponer el bien. Yo lucharía por ello hasta morir.

Sí. Irene y yo averiguamos el nombre de los dos muchachos. Supimos dónde vivían, de qué se ocupaban, cómo eran sus familias. Irene resultó ser amiga de la hermana de uno de ellos y le dejó de hablar. Yo me encontré al otro en una fiesta, nos presentaron, y durante todo el tiempo no hice más que mirarle lleno de odio descaradamente.

Y luego... olvidamos nuestra indignación, se la llevó el viento. No es que tuviéramos miedo de hacer algo contra ellos y que nos conocieran. No, fue peor. Sencillamente, olvidamos nuestra indignación, no volvimos a hablar de ella. Tal vez ni siquiera ahora la recuerdo perfectamente. Porque hablo de ella y no parece gran cosa, ¿verdad que no parece gran cosa?

Claro, ahora veo, oigo, pienso cosas distintas. Irene toca la guitarra frente a mí, y me parece que se vuelve frágil, extrañamente frágil, y me parece que es absurdo exigirle otra actitud que no sea ésta, la guitarra apretando su pecho, cantando no sé qué canciones en idioma extranjero, pero dulces, lastimosamente dulces.

Su voz (los dedos tocan las cuerdas, una por una) tiene un viejo acento triste, parece que de pronto va a desaparecer, a deshacerse en el aire (una por una, las cuerdas).

Se va, y deja sobre el asiento, acostada, muriendo, la guitarra. Es terrible, es triste, es... La deja como dejamos entonces a aquella muchacha. Y como ya no tiene remedio quisiera gritar. Eso es lo que quisiera: gritar, pero en sordina. Un grito que nos lastime no como un brusco navajazo, sino que desintegre nuestros cuerpos como un ácido lento.

Nos refugiamos en su casa y platicamos, o yo escucho mientras toca la guitarra (una, las cuerdas, por una), o estamos allí, simplemente. Entonces yo empiezo a recordar aquello y me pongo de mal humor. Cuando estoy de mal humor me meto en mi cuarto y cierro la puerta. Otros no. Otros salen a la calle y se pelean con alguien. Pero yo lo único que hago es encerrarme y, solo, dar vueltas de un lado a otro hablando entre dientes.

Cuando recuerdo aquello me pongo de mal humor. Más: furioso.

"Estoy furioso" digo en voz alta, y me acuesto sobre la cama, y miro al cielo raso.

